

El Josefino[®]

Nº 63 Marzo 2024
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

MODELO
DE
DESPOJO

Pág. 10

SAN
ALFONSO
MARÍA
DE LIGORIO
Y SAN JOSÉ

Pág. 12

*"¡Qué encantadores son
tus amores!"*

(Cant. 4, 10)

SUMARIO

... Al lector...



	Pág.
AL LECTOR	3
DELICADO COMO TÚ	4
“EL MARTIRIO DEL CORAZÓN”	6
MODELO DE DESPOJO	10
SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO Y SAN JOSÉ	12
DONES DEL ESPÍRITU SANTO EN SAN JOSÉ	14

Estimados Josefinos:

No consta una sola palabra pronunciada por San José en los Evangelios.

El silencio de San José no es una omisión, es un signo admirable de su santidad y de su absoluta sumisión al Plan Divino porque dejó amplio lugar a la palabra de Aquel que necesitamos oír: Dios.

San José calló para que hablase Dios. Y si el Espíritu Santo habló es porque calló San José. De ese modo concreto, muy concreto, San José coopera también a la edificación de la Iglesia.

Ningún versículo del Evangelio, de la Escritura, atestigua que san José haya pronunciado una sola palabra; aun así podemos deducir que la única que pronunció fue *JESÚS*, porque recibió el encargo de darle nombre,

según la usanza hebrea... Y ¿qué otra palabra podría decir San José si en *JESÚS* se contenía todo? Jesús es la Palabra Eterna del Padre.

Una vez que San José pronunció su *Nombre*, asumió su misión y por eso sobraron para siempre más palabras. Con su actitud de escucha, obediencia y amor a María y a Jesús, San José nos da la más alta lección de fidelidad a la Voluntad Divina; no se necesitan palabras para amar a Dios; se necesita un corazón desprendido, generoso y magnánimo que ponga los medios para cumplir su Voluntad, haciendo silencio interior y exterior para dejar hablar a Dios.

La Redacción.

Delicado como tú



San José, ya que nunca fuiste impaciente, con la impaciencia del descontrol, enséñame a dominarme, sobre todo en los momentos difíciles y a no ceder a la ira ni al mal humor.

Ayúdame a guardar, siempre y en todo lugar, la paciencia con un amor ferviente y decidido; a soportar todo lo del prójimo con voluntad de sacrificarnos en su servicio sin ninguna mira a nuestro amor propio.

Ven en mi socorro cuando sea tentado a manifestar mi descontento, a demostrar mi irritación con reproches, a responder ásperamente a palabras o hechos que me ofendan;

dame valor para callar en vez de pronunciar una palabra hiriente.

Asísteme para apaciguar mi ebullición interior; hazme pensar en la cruz de Jesús y recuérdame el suave camino que es amarle.

Haz que repare toda impaciencia con un esfuerzo mayor de caridad, con atenciones más delicadas para con mi prójimo.

Y, pues, mostraste a todos una amabilidad y dulzura exquisitas, inspírame la preocupación constante de ser amable con todos los que me rodean para contribuir a su alegría, para hacerles sentir el amor de Cristo y para hacer que le llegue un modesto reflejo de tu enorme bondad.

Amén



Oración
A SAN JOSÉ

Meditación JOSEFINA

“El martirio del corazón”



Una de las mayores debilidades de los hombres es la importancia que conceden a las apariencias exteriores. Una gran parte de sus vidas se alimentan de ellas.

Pareciera, y así es, que vivimos de lo que nos “entra” por los sentidos, y necesitamos un esfuerzo muy grande para no dejarnos arrastrar por la impresión de lo “aparente” y llegar a descubrir el *verdadero valor* de lo que nos rodea y nos impresiona.

La solicitud que Jesús reprendió amorosamente en Marta tiene muchas manifestaciones en las almas espirituales. Unas veces será el “afán” por multiplicar las obras, como si ese número fuese la medida de nuestra perfección o la razón del mérito sobrenatural. Otras será el “ansia” de realizarlas con una escrupulosidad tan grande que lo que había de ser exactitud se convierte en obsesión.

¿Quién vería a San José en algún momento caer en este error? Una gracia especial de lo alto lo libraba de ese peligro de dar la mayor importancia a “las cosas aparentes”, con menoscabo del valor real de lo que

“no aparece”. También él sentía la necesidad de sustentar a su Familia, de proveerla... Pero en él todo era diferente.

Nosotros quisiéramos oír de San José que hizo algún milagro, alguna cosa portentosa. Es una obsesión por admirar a aquellos santos cuya vida fue una serie interminable de hechos maravillosos, mientras que contemplamos con cierta indiferencia la de aquellos que pasaron por la tierra, como San José, sin realizar obras brillantes, aunque su “retiro” y su “oscuridad” tuviesen un mérito superior tanto desde el punto de vista humano como desde un punto de vista divino y sobrenatural.

San José, en Nazaret, en Egipto, en Belén, sufriendo y “muriendo” cada día a él mismo ayudaba a la redención del género humano. Es el *martirio del corazón* fecundo siempre, no menos grande y meritorio que el martirio de la sangre. Su misión era tan bella y digna como la de cualquier otro santo pero en él mucho más, si cabe.

Todos corremos el riesgo de no ver más que una parte, la exterior, de la obra que tenemos que realizar. Pensamos que toda nuestra obligación está en cumplir exactamente con un

oficio, con un trabajo... con una misión. Nunca vemos en eso que tan sólo es un “medio”, una forma de unirnos a Dios y que, a fuerza de poner en ello nuestra alma, cuando nos preocupamos demasiado, lo convertimos en un obstáculo, en un fin en sí mismo.

Las cosas que no se ven, los sacrificios “ocultos” nos parecen cosas insignificantes, pequeñeces que no merecen ese sacrificio del alma que estamos dispuestos a hacer y que quizá hacemos cuando existen circunstancias solemnes. Muchas almas ponen tanto esfuerzo en que la obra exterior salga bien que pierden de vista los peligros que las cercan.

La vida ordinaria de San José no se componía de acciones aparatosas. Él sí sabía apreciar el valor real de las cosas, atendiendo no a las cosas y a su brillo, sino a su valor real. ¿No estaba ahí el secreto de la santidad y de la grandeza de su alma? En San José vemos el triunfo de la apreciación, del valor real de las cosas sobre el valor “ficticio” de las apariencias exteriores. El mérito de sus obras, de las nuestras, no está en las obras mismas, sino en la intención que en ellas ponemos al realizarlas.

Podría decirse que sólo los santos han logrado desentenderse de ellas y a causa de eso fueron “perfectos” ante Dios. *Cuando el alma se ahoga en ese afán excesivo de que la obra externa sea exacta no les queda tiempo para pensar en Dios*, decía Santa Teresita del Niño Jesús.

San José es nuestro modelo en todo. Nos enseña que las cosas más agradables a Dios son aquellas que sólo ve

Él. En su rincón de Nazaret se abría a diario todo un horizonte de obras “*verticales*”, esas obras que, por su pureza de intención, son flechas que llegan al mismo Corazón de Dios.

Todo en San José está ennoblecido, santificado por una mirada recta, sin bajezas, sin entorpecimientos. Nada ni nadie lo hace mirar a la tierra cuando ejecuta su labor. De ahí ese recogimiento y como ensimismamiento santo que vemos siempre en él. Lo de la tierra no le atraía; al fin y al cabo era cual nube mañanera, algo que se lleva el viento.

Para encontrar a ese Dios “escondido” había que “esconderse” también. La vida de San José estaba escondida como un “misterio”. Si Dios estaba escondido en su interior tenía que esconderse en la humildad de sus obras, en el retiro del mundo, en esas introversiones de que nos hablan los místicos y que consisten en dejar todas las cosas exteriores excesivas para meterse dentro de uno mismo y buscar allí a Dios, que *mora en el centro del alma*, como decía San Juan de la Cruz.

¡Qué modelo tan grande tenemos en San José! Nunca nos lo imaginaríamos charlando, curioseando entre sus vecinos. Su retiro le bastaría, su estar junto a sus dos Tesoros sería para él la vida de su alma. ¿Qué más?...

Allí donde se acercaba sigilosamente el “mundo” él siempre estaba preparado con su:

¡Martirio del corazón!





Modelo de despojo

La Voluntad del Padre llenaba, orientaba toda la vida de San José. Éste fue el programa de la vida de San José para educar a su Hijo Jesús y a sus hijos nosotros.

Para San José ocupaba el centro absoluto de su vida la Voluntad de su Padre Dios.

San José fue por eso perfecto en la obediencia a Dios Padre, a sus leyes y a sus mandamientos. La Voluntad del Padre era el objeto de la pedagogía paternal de San José.

Se lamentaba el santo Cura de Ars: *“pobrecitas las gentes del mundo”*. Sí, pobres. ¡Cuántos fracasados, que ven la santidad fuera de la realidad de su vida! Por eso, con un santo como el esposo de la Santísima Virgen María Dios nos quiere dar la gran lección, diciéndonos que tan solo haciendo lo corriente, lo sencillo, lo que debo hacer cada día, sólo con eso, por amor de Dios, puedo alcanzar una gran santidad. La vida de San José fue cumplir la Voluntad de Dios cada día.

Para imitarlo no tenemos que hacer más que una cosa: Abandonarnos en las manos de Dios.

Aunque me pida sacrificios, renunciaciones; aunque me llene de achaques y dolores, aunque la naturaleza se rebele. La entrega total, en completo abandono de nosotros mismos, esto es centrarnos en la santidad.

Aunque lea muchas vidas de santos y en ellas encuentre sólo lo extraordinario, lo que sobresale... Muy bien, Dios puso en los santos esos dones; Dios les pidió eso para ser glorificado en ellos, para aumento de nuestra fe. Pero eso no es la santidad; son meros reflejos, meros destellos que escapan al exterior; no era menos santa Gertrudis cuando fundaba un convento que cuando lo barría.

La santidad que más cuesta y la más verdadera es la de San José, el humilde carpintero que se dejó tallar y pulir por la Voluntad Divina; el que se entregó con amor a santificarse en la rutina de cada día, en la monotonía de su taller.

San José es el modelo en que debemos poner nuestros ojos para ver qué postura tomamos y averiguar la Voluntad de Dios. Mi postura debe ser la de la piedra tosca ante el escultor: Sencillamente dejarme cincelar, como San José.

San José, a la vista de sus contemporáneos, era uno más. Pero a los ojos de Dios –que es lo que realmente importa– dice la Sagrada Escritura que *“era varón justo”*.

Ése es nuestro modelo, el santo que supo borrarse: San José.

(Fragmentos de una predicación del P. Molina)



San Alfonso nació cerca de Nápoles el 27 de septiembre de 1696.

Siendo aún niño fue visitado por San Francisco Jerónimo el cual lo bendijo y predijo para él grandes bendiciones.

A los 16 años, caso excepcional, obtiene el grado de doctor en ambos derechos, civil y canónico, con notas sobresalientes en todos sus estudios.

Por revelación divina, San Alfonso abandona todo y decide convertirse en apóstol incansable del Señor Jesús. La tarea no fue fácil; tuvo que enfrentar, con gran lucha espiritual, a su padre y familia, a sus amigos y a sí mismo.

El 9 de noviembre de 1752 fundaba, junto con otros sacerdotes, la Congregación del Santísimo Redentor (o Padres Redentoristas), y siguiendo el ejemplo de Jesús se dedicaron a recorrer ciudades, pueblos y campos predicando el Evangelio.

San Alfonso fue un escritor muy prolífico. Al morir dejó ciento once libros y opúsculos impresos y dos mil manuscritos. Durante su vida vio cuatrocientas dos ediciones de sus obras.

Sus últimos años fueron llenos de sufrimientos y enfermedades dolo-

rosas. El santo soportó paciente-mente todos estos males, rezando siempre por la conversión de los pecadores y por su propia santidad. San Alfonso murió el 1 de agosto de 1787, a la edad de 90 años. El Papa Gregorio XVI lo declara Santo en 1839. El Papa Pío IX lo declara Doctor de la Iglesia en 1875.

Gran devoto de San José. Cuando estaba en la agonía, el día de su muerte, empezó a repetir: “¡Cuántos extraños enemigos!”...

Sus hijos le recordaron la muerte de Jesús para que le ofreciera la suya; y conociendo sus religiosos la tierna confianza que siempre había tenido en el casto Esposo de María, le dieron a besar una imagen de San José; la tomó en las manos, la contempló algún tiempo y volviéndose al hermano que lo servía, le preguntó: “¿Es San José?... Sí” -respondió el enfermero-...

“¡Es San José a quien pude encomendarme!” -respondió el santo-

Entonces murmuró algunas palabras y fija la vista con complacencia en la imagen del digno Esposo de María, se durmió tranquilamente en el Señor.

Con razón
ERES AMADO



(Cant. 1,4)



San
Alfonso
María de Liguorio
y San José



ería prolijo analizar detalladamente esta actuación particular de cada Don en San José; por eso nos limitaremos a recordar únicamente el objeto o materia propia de cada uno.

1. Don de Entendimiento: Por el Don de entendimiento, que purificó y perfeccionó su fe, obtuvo el Santo Patriarca un conocimiento mucho más profundo, esclarecido y exacto de todos los misterios y verdades sobrenaturales, penetrando su íntimo sentido y conveniencia, especialmente en aquellos que tan íntimamente prestó su cooperación, como la Encarnación y Redención divinas.

2. Don de Sabiduría: Este Don perfeccionó la ardentísima caridad de San José, no intrínsecamente, sino dándole un conocimiento afectivo y experimental admirable y suavísimo de esa presencia e íntima unión con Dios por el amor, juzgando de todo lo demás y ordenándolo todo a su transformación de lo más profundo de sí mismo en Dios.

3. Don de Ciencia: Este Don completó el conocimiento y juicio que San José tuviera de las cosas humanas capacitándolo para juzgar con certeza sobre lo que debía obrar, es decir, cómo los debía utilizar en orden a Dios y a su aprovechamiento sobrenatural.

4. Don de Consejo: Por el Don de consejo el Espíritu Santo corroboró la virtud de la prudencia en San José dando certeza y seguridad a sus

juicios prácticos para elegir todas las cosas necesarias o convenientes en orden a la vida eterna, especialmente para juzgar en los casos concretos más difíciles e inesperados y obrar en ellos con toda confianza y decisión.

5. Don de Piedad: El espíritu Santo, por el Don de piedad, imprimió constantemente en el alma de San José un afecto filial hacia Dios, como a verdadero Padre, sintiendo vivamente esa filiación divina amando a los demás hombres como hijos también de Dios y a hermanos en él, abarcando en su afecto a todos los seres como “a obra de Dios”, ofreciéndose también en sacrificio y redención por los demás hombres unido al sacrificio de María y de Jesús.

6. Don de Fortaleza: Con el Don de fortaleza San José aceptó aquel divino ministerio tan superior a sus fuerzas perseverando en el cumplimiento de sus deberes a pesar de todas las dificultades, siempre seguro de la ayuda divina, sereno y hasta gozoso en los trabajos y persecuciones, esperando del Señor la recompensa.

7. Don de Temor de Dios: Por el Don de temor el Santo Patriarca vivió siempre sometido a Dios con filial reverencia reconociendo su pequeñez ante la excelencia y majestad divinas y ante innumerables gracias con que incesantemente lo favoreció.

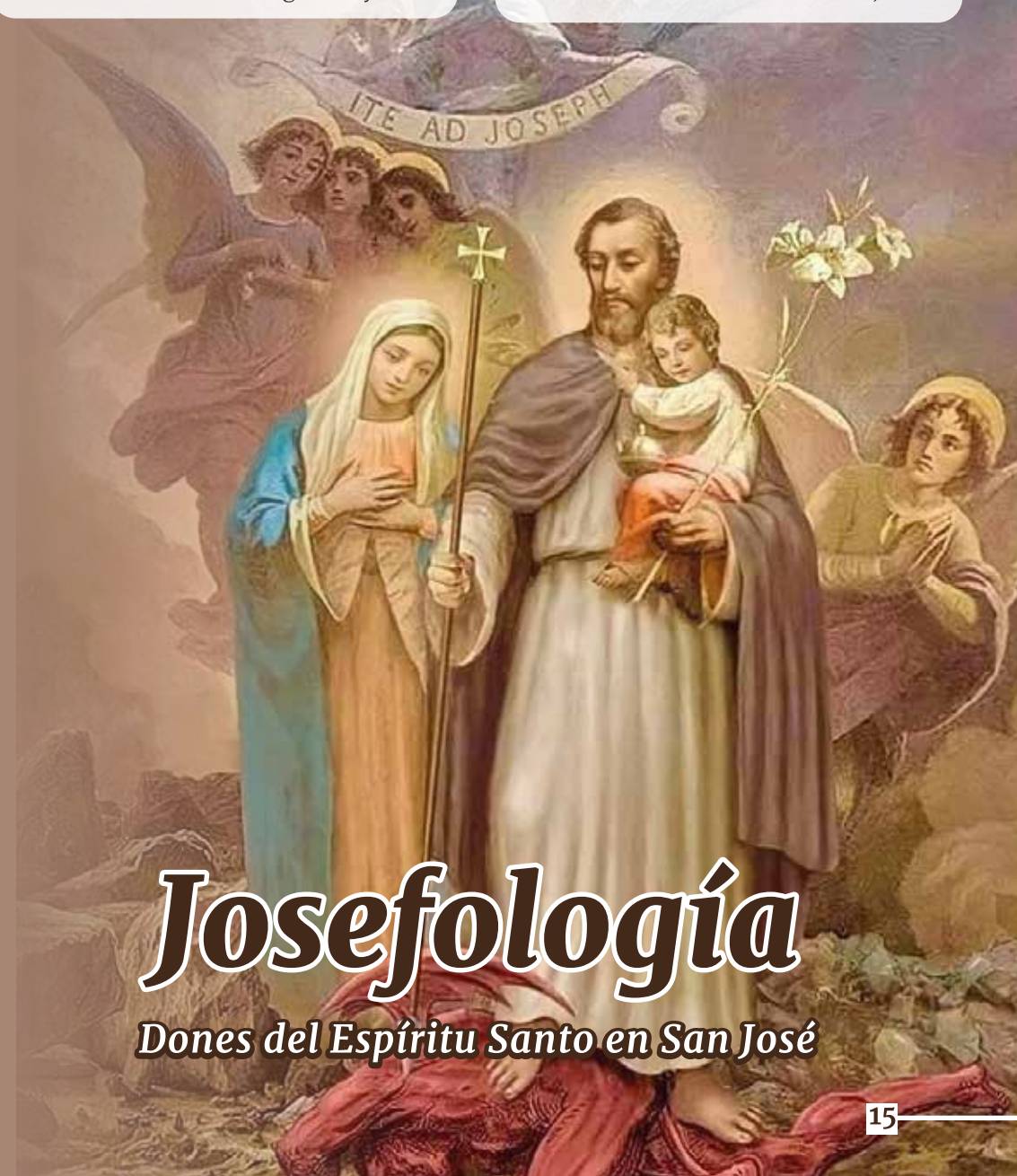
Sin duda que los siete Dones del Espíritu Santo, los que San José debió ejercitar por razón de su ministerio, fueron el Don del consejo y el Don de fortaleza para dirigir y gobernar y defender a la Sagrada Familia entre tantas privaciones y adversidades,

sin perder un momento de vista el supremo sacrificio de la cruz.

Cuánto haya sido el mérito que adquirió y la gloria que le corresponde por el ejercicio de tantas virtudes y la correspondencia a los Dones del Espíritu Santo, hemos de deducirlo de la abundancia de la gracia y de la

caridad con que estuvo siempre adornado, de la calidad y excelencia de sus obras y de la perfección de cada uno de sus actos, sirviéndonos de suprema medida, en todo aquello, su excelsa aproximación a la Santísima Virgen.

(Bonifacio Llamera, O.P.)



Josefología

Dones del Espíritu Santo en San José



Síguenos en:



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio




@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>